

DROSPER
LAS ESPADAS DEL GRAN DRAGÓN

Escrito por Oscar Pradilla

Primera Parte

Capítulo I

Las vacaciones habían acabado, pero mis notas no eran las mejores del grupo, mi boletín manchado con la sangre de las notas subrayadas en rojo llamaban la atención de cualquier metiche, entonces, tendría que resignarme al castigo que me iban a imponer, en ese momento, en el que yo iba a mi casa, mis padres tenían que estar leyendo mis notas, y yo no podía hacer más que esperar una furia implacable cuando llegase a casa.

Al llegar, mis padres permanecían sentados en la sala con una mirada penetrante y llena de furia, un silencio rondaba la casa apoderándose de ésta, las paredes solazaban de su frialdad, de la nada pareciese que algo detrás de mí penetrara mi espalda y aprisionase mi corazón, mientras la cólera de los presentes incineraba el aire que al entrar a mis pulmones hacía del oxígeno un virus que me mataba poco a poco, un silencio aterrador el de los padres cuando te amenazan con una simple mirada; mi madre, como el aquel troyano que lanza su primera flecha, hizo una despiadada pregunta, mientras hablaba, mi cuerpo palidecía, mis garganta se secaba, mis ojos, estaban encadenados a su imagen y millones de cosas rondaban por mi cabeza, pero al final, no sirvieron para nada; pues al terminar su discurso, los pensamientos, las excusas que desbordaban mi mente, me abandonaron. Al permanecer callado, los dos se levantaron de sus asientos, me miraron fijamente y sin esperarlo en cuestión de segundos ya me encontraba en mi habitación, sumado un leve castigo dado en gran tono, prohibiéndome así cualquier cosa con la que me pudiera entretener, fue entonces lo que ellos creyeron correcto, aunque por suerte, trabajan casi todo el día, dejándome tiempo libre para romper sus estúpidos castigos.

Aburrido, espere a que se salieran de casa, cuando se fueron, me dirigí rápido a prender mi ordenador, pero por más intentos no logré que funcionara, entonces, aún más molesto, encendí el televisor, el resultado fue el mismo, ya me estaba enojando en gran manera, parece que la casa se estuviera incendiando, pues, mi desesperación era tal como la de una persona entre fuego, nada funcionada, al final, salí irritado de mi hogar. Raro, pero me basto como explicación, una pequeña “grosería”, como le llaman los adultos, salió de mis labios, pero ya estaba más tranquilo, me di cuenta que a todos les pasaba lo mismo, al parecer, la luz se había ido; camine por la calle aburrido viendo que ningún aparato eléctrico funcionaba, de pronto, a unas calles de mi casa en una casucha vieja estaba saliendo humo; como no tenía nada mejor que hacer, corrí a ver qué pasaba, tal vez un incendio podría vencer en esos momentos mi aburrimiento; no sentía preocupación por las

personas que se encontrasen cerca, pero sí algo de curiosidad, lo cual me impulsaba a correr más rápido, sólo, para alcanzar a enterarme de todo lo que aconteciese.

Llegue a la casucha, ningún olor a quemado paso por mi nariz, reconocía perfectamente esa casa, ahí vivía un hombre mohíno, con lo que al parecer eran sus padres, viejos ya, y su mujer, de carácter fuerte, aquellas de quienes las mujeres de la cuadra vivían hablando pestes, y ésa, de aquellas que se agarraban a pelear jalando mecha y gritando frente a la casa de algún vecino, hasta que éste llamaba a los oficiales, y ellos ya conociéndola, se acercaban sigilosos, unas veces tenían que cogerla a la fuerza pues agredía a los oficiales en donde más les doliera, pero otra veces, como cansada de su vida, al ver que éstos se acercaban, se iba callada a la casa, hasta que un estruendo rondaba todo el barrio gracias al furor con el que cerraba su puerta. A veces la veía yo mirando por su ventana, con una lánguida mirada, como si cansada de vivir estuviese, y solo el paisaje que desde su ventana se podía ver –pues era de suerte, la única casa en todo el barrio con una vista maravillosa–, le daba los pocos ánimos de aguantarse otro día de vida, los niños, crueles como siempre, y yo no puedo lavarme las manos, le gritábamos cuando pasábamos, una sonrisa espantaba su fealdad, pero nosotros, tan amables, preferíamos volverla en sí, que fuera la misma, entonces, con gritos y burlas, nada educados en nuestro vocabulario, le enervábamos las greñas y salíamos corriendo como locos. Esos abuelos, se sentaban en un banquito que se encontraba a un calle, eran linda pareja, pero gruñones, como nadie, al final del día, volvían a casa, al igual que su hijo, cansado del agotador día y con el pan bajo su hombre derecho, una luz se encendía, –y al parecer era la única que funcionaba en esa casa– y entre murmullos, todos contaban su día. No eran muy queridos por el vecindario, pero seguro disfrutaban al menos de tenerse unos con los otros.

Entre a la casa, el humo de color verde aún envolvía cada rincón, al principio sentí miedo de entrar y encontrarme con alguno de sus habitantes, pero la curiosidad me ganaba, la puerta estaba abierta, entré, sus paredes y pisos, construidos con la peor madera existente, estaban desbordantes de humedad, sentía como mis pies se mojaban con cada paso, incluso, por curiosidad de nuevo, llegue a tocar la pared para empaparme de su humedad, entonces, al mirar la palma de mi mano, descubrí un atractivo color rojo, mi corazón se detuvo, preparándose para latir luego, diez veces más de lo normal, abrí mis ojos, limpie la sangre que había en mi mano raspándola con mi pantalón, dando unos pasos hacia atrás, corrí inmediatamente hacía la puerta, entonces, aún en el vestíbulo, –pues nunca salí de él– sosteniendo aún la manija, me detuve y mire hacía mi derecha, se encontraban unas escaleras que doblaban en forma contraria e indicaban la entrada al segundo piso, subí las primeras cuatro, la casa estaba oscura, solo el sol que pasaba por una ventana ubicada a la izquierda del escalón que para no chocar con la pared, te obliga a cambiar de dirección, y al frente de ésta, una silla, en la cual, se sentaba aquella mujer para observar la calle, y encima de este asiento, sobre esta gran pared, un retrato de la familia. Cuando puse el pie sobre el quinto peldaño y me abalance para seguir con el otro, mire hacía mi derecha y tras las barandas, me encontré con el cadáver de esa triste doncella, ubicado al final de la escalera, la reconocí al instante y como si mis pies se hubieran resbalado, me encontraba de nuevo al lado de la puerta, apoyado sobre la pared, que empapaba mi espalda de su sangre.

Aún no me fui, la curiosidad ansiaba torturarme, mire hacía el fondo del vestíbulo y me encamine al final de éste, llegue a la sala del televisor, no veía mucho, la oscuridad y la verde nube me lo impedía, pero aun así, pude descifrar los cuerpos de ambos ancianos, rasgados por la garganta y tirados en el suelo, seguí caminando, pero ya no veía nada, hasta

que encontré la cocina y un ventanal sobre ésta permitía el paso de la luz. Busque en los gabinetes algunas velas, pero encontré algo de mayor utilidad, una linterna de bolsillo que se encendía presionando un botón forrado con cinta. Intente encenderla por algunos minutos, pero recordé, que nada eléctrico funcionaba, ni siquiera las pilas de aquel aparato, seguí buscando, hasta que por fin, un encendedor verde me encontró, probé encenderlo, pero al parecer estaba mojado y no funcionaba, ya estaba volviéndome a enfurecer, tanto que uno de mis pasos, fue de golpe contra el piso, mi pie quedo atorado por el hueco que se hizo, sentía escurrir la sangre por mis tobillos, al menos, sabía que no era la mía, pues no me había cortado aún con la madera, fue cuando intente sacar mi pie que escuche como mi pantalón se rasguño, y junto a él, un poco de mi piel.

El pequeño ardor del rasguño me hizo caer en cuenta que el pie no iba a salir tan fácilmente, entonces, busque a los alrededores algo que me permitiera retirar la madera para liberarme, pero con cada movimiento sentía como el piso se iba fracturando, no le preste mucha atención, pues ya estaba bastante desesperado, al final, sin poder sacar mi pie, el piso se vino abajo y caí en lo que parecía ser el sótano, en este caso, un pozo de sangre, rápidamente me levante antes de que ésta me ahogara, parado observando lo que el solar me permitía conocer, camine un poco entre la sangre hacía lo que era un cuerpo flotando, el pozo alcanzaba a cubrirme las rodillas, y con cada paso, sentía como los huesos se destrozaban con mi peso, no sé por qué, pero se sentía tan satisfactorio como caminar sobre hojas secas, ese crujir del cereal, era placentero, pero no podía perder mi miedo por el lugar en el que me encontraba, y estaba consciente de lo que pisaba eran otras personas con peor suerte que la mía.

Llegue finalmente hacía el cuerpo, era nada más que el hombre de la casa, aquel melancólico hombre que llegaba fatigado todos los días a su hogar, posiblemente ya había yo descubierto su arduo trabajo, pero aún no sabía quién lo había matado, sólo descubrí que sus ojos faltaban y que un puñal estaba perfectamente ubicado en su pecho. Algo pareció tocarme la pierna, asustado la levante y di unos pasos hacia atrás, no veía nada bajo ese montón de sangre, pero quería saber que fue eso, entonces, agachándome empecé a buscar hasta que encontré un extraño guante. Era de gran tamaño, textura áspera, color verde, con unas líneas amarillentas y raras marcas; tenía largas y finas garras, y por último, en su palma había un ojo cerrado.

De la sangre que se hallaba a mi alrededor era de donde se despedía ese humo verde, pero al sacar el guante de esta piscina de sangre, ceso, quedando solo una leve bruma del mismo color, ese guante es maravilloso, me encanto apenas lo vi, lo cual me motivo a ponérmelo en la mano, era demasiado grande, pero de alguna manera encajo perfecto, tanto, que no me lo pude sacar de nuevo.

Intente de distintas formas, pero finalmente no logre quitármelo, lleno de cólera, golpee la sangre que se encontraba a mi alrededor varias veces, hasta que, al parecer un agujero se abrió de la nada, como si con sus uñas este artículo hubiese rasgado y abierto un agujero; un remolino de sangre se formó alrededor de éste, inclusive, el cuerpo del sujeto fue arrastrado por ese remolino que se apoderaba del lugar, y poco a poco, me fue arrastrando a mí; me resistí, pero finalmente, el ojo que se encontraba en el guante se abrió, la parte que comúnmente es blanca, era de una tonalidad amarilliza, mientras que su iris, era purpura. Ya no pude resistirme más a la succión y termine cayendo por el agujero.

Capítulo II

Ese día, Rakzo, cayó por el agujero; él era un niño de once años de edad, de cabello negro y ojos del mismo color, aunque siempre quiso ser de ojos dorados. Cayó completamente limpio y seco, como si en ningún momento hubiera tenido contacto con la sangre de ese lugar, tampoco había aparecido con dicho guante, pues éste había desaparecido. Él se encontraba en un lugar diferente, se sentía en éste el suave pasar del viento, un frío y callado soplo, que acariciaba las hojas y las flores de los árboles, Rakzo mira a su alrededor y ve un simple bosque, brillante por alguna razón, tal vez cercano a un pequeño río, ya que el sonido del agua fluir no estaba muy lejos, además, se sentía una gran humedad, de alguna manera lo hacía recordar a su estancia en esa casa, se levantó aún confundido, al caminar sentía como sus pies se hundían sobre esta tierra húmeda, al posar sus manos sobre los árboles, igual se mojaban éstas, pero ya no de espesa sangre sino de la sencilla humedad de un bosque. Comenzó a buscar aquel río siguiendo su sonido, en el camino, se encontró con algunas hojas, y al pisarlas crujían, igual que los huesos de los cadáveres que había encontrado. Impactado, todo le recordaba al suceso que había presenciado ya, asustado aún por lo extraño del día, a veces, le parecía encontrarse de nuevo en esa vieja casa y frenaba entonces su paso, sus ojos parecían no parpadear, sus piernas temblaban con cada paso, se encontraba perdido en sus pensamientos, ensimismado, a veces, sollozaba algunas cosas que ni él mismo entendía, perplejo, sigue su camino; esos deseos de morir, esas ganas de nunca haber presenciado algo, lo dejó sin más que unos ojos irritadamente abiertos y sudor en su frente. Él no se hallaba ni a sí mismo, hasta que, como la campana de la escuela, lo despertaba en sus clases de puro aburrimiento, resbalo y cayó por una pendiente; por suerte, no sufrió más que unos rasguños, se levantó, se limpió las hojas y volvió en razón, sonrió recordando todo y sintiendo aún el mismo placer que antes, se olvidó del miedo y continuó en su búsqueda del río.

Llego a su destino, pero cerca a éste, ve a un sujeto recostado en un árbol, su apariencia es extraña, su piel es de color verde claro, es delgado, vestido con ropajes blancos y livianos, su cabello es largo, con mechones tan gruesos como la muñeca de una mano, su color es igual al de su piel, pero de un tono más oscuro, su cabeza es algo grande, al igual que sus ojos, cuyo color se asemejaba a unas brillantes perlas.

Volteando la mirada, él se impresiona de ver a Rakzo, ya que también estaba extrañado, pero más que eso, asombrado, así que, se mueve suavemente y agarra una pesada rama, y levantándose del suelo grita y corre hacia Rakzo para golpear, lógicamente, él huye lo más rápido que puede para no dejarse apalear por este raro personaje, pero luego de unos minutos choca con otro raro individuo, esta vez, de piel café, ojos negros y cabello corto.

–Me llamo Grill –le dijo– y el que te estaba persiguiendo es Hir.

–Grill, ten mucho cuidado –intervino Hir–, uno nunca sabe que trame un bicho tan raro como él.

–¿Bicho? –le responde Rakzo–, mírese al espejo y se dará cuenta de quién es el bicho.

–¿Qué dijiste?

–Nada que le importe.

Rakzo se acerca a Grill, y lleno de curiosidad comienza a tocarlos, Hir, completamente extrañado por lo que está haciendo le da un leve empujón.

–Lo sabía, más raro no podía ser –dice Hir en voz baja y seguidamente se limpia la mano.

–Cállate, tal vez sólo está perdido –le dice Grill mientras se acerca a Rakzo– disculpa que te pregunte, ¿qué eres tú?

–¿Qué quiere decir? Soy un humano ¿qué son ustedes?

–¿Humano? Nosotros somos droses, nunca había escuchado de los humanos.

–Y yo tampoco de ustedes.

–Veo que no sabes lo que sucede y si te soy sincero, yo tampoco. Hay alguien que tal vez sabe algo, pero para verlo te tendré que llevar por toda la ciudad. ¿Aceptas que te lleve?

Rakzo pensó entonces y duró unos instantes mirando el lugar que lo envolvía, mientras que entre los otros dos personajes se murmuraban en secreto, al principio le molesto pero luego entendió lo invasiva que podía ser su imagen, entrando así, tan bruscamente en su realidad, entonces no comprendió muy bien el porqué de tal invitación, sospecho un poco, pero esa sospecha lo motivo de distinta manera, quería saber pues qué cosas absorbía este lugar, pensó un momento en Alicia y lo divertido de su aventura, pero también recordó que sin ayuda de otros, tal vez ella no hubiese escapado y aquel visitante al observar que se encontraba en una situación en la que todo era diferente, dedujo entonces que estaba obligado más que por la curiosidad, era la necesidad la que en verdad lo impulsaba a seguir con ellos.

–¡Claro!, también me gustaría saber lo que está pasando

Mientras pasaban por la ciudad el sentimiento de estar en ese lugar tan magnifico y diferente, era emocionante, sobre todo para un joven de la edad de Rakzo, pues se sentía como en un lugar mágico, así como un niño en un parque de diversiones donde no hay lugar en el que la fantasía no se encuentre.

Todos en la ciudad eran teóricamente iguales, sólo se diferenciaban en su color y en sus no tan destacados rasgos faciales, era fácil diferenciar sus géneros, ya saben, las mujeres tienen sus interesantes dotes, sus rostros delicados, los iluminados ojos, su sonrisa frágil y resplandeciente, y otros rasgos, que por no desviarme y crear una oda a las mujeres, seguiré explicando, que igual a los humanos, los hombres y las mujeres tenían variadas diferencias físicas, pero cada cual, especial por ellas, aunque su principal y llamativa disimilitud radicaba en su cabello; pues éste, el de las mujeres, es fino, a diferencia de los hombres, que como ya se los había dicho antes en la descripción de ir, tiene un gran grosor.

Su tecnología era bastante avanzada, Rakzo, deslumbrado pues, nunca había visto cosas así, claro, tal vez en alguna que otra película, pero la presencia de este mundo, como les había dicho, era fascinante al ver estos paisajes, como un edén tecnológico; se podían encontrar maquinas casi pensantes, y al lado, extrañas especies de animales trabajadores, algunos eran hercúleos mamíferos de cuatro patas, jorobados, de colas largas y corpulentas, en sus cabezas, fuertes cuernos a cada lado, ollares con un respirar tan fuerte, que al pasar podría una damisela tranquila espantarse por el monstruoso sonido, una frente plana, ornamentada con un ondulado crin; su frondoso pelaje, a veces negro, a veces café, pero tan largo que al caminar, el pelo que cubre sus rojos cascos, se remoja con los fríos charcos sobre los pedrales que conforman los distintos caminos hecho sólo para el tránsito de animales y droses, y tal vez, de alguna que otra máquina terrestre, pues sus medios de transporte, hechos únicamente para pobladores de la ciudad de algún estrato mayor,

pasaban sobre lo demás, como viles pájaros, ruidosos y burlones, de aquellos, cuya economía les ejercitaba el caminar. Las especies de animales y maquinas eran múltiples, tanto, que en un mismo lugar se podían encontrar un artilugio que revestía las calles de limpieza, y al lado, ensuciándolas de nuevo, una confusa y torturada tortuga, de algunos dos metros de alto, en cuya coraza, comenzando desde abajo con una forma común, y terminando arriba, ya no con ese aspecto circular, sino parecido a alguna cacerola, transportaba a algunos turistas, ignorantes y asombrados por la visita de la capital de vagas y ornamentadas ilusiones, pero a la vez enojados, por la “inercia” del animal que ellos mismos controlaban.

La infame naturaleza curiosa de mi querido Rakzo, le hacía preguntar todo lo que se le venía en mente, Grill trataba de responderle lo mejor posible, pero al ser él igualmente un niño algunas respuestas se las postergaba; «mi hermano te lo explicara mejor», y de esa forma pretendía no quedar como un ignorante con este nuevo visitante. Una respuesta dejo a Rakzo pensante, buscando en algún lugar de su mente, si serviría de algo; esta respuesta se debía a la de alguna pregunta, cuya sucesión explicaba que en este lugar, todo trabajaba con luz solar, por lo tanto la contaminación no tenía lugar en esta comunidad, habían avanzado tanto, sin perder la comunión con la naturaleza, pues como ven, aun con su tecnología, no abandonaban la ayuda de la naturaleza, y lógicamente, su única hermosa decoración, radicaba en sus múltiples zonas llenas de flora, y la fauna que acompañaba siempre a los habitantes de este lugar.

(En mi opinión, no era más que una estúpida ilusión de como tal vez se debería ver la Tierra, sin embargo, no puedo evitar decir que el poco tiempo que permanecí en ella, me encanto).

Sobre la contaminación, Grill le explicó que hace mucho tiempo habían tenido ese problema, pero esa época había sido muy corta, ya que los científicos al darse cuenta que los avances tecnológicos destruían, los prohibieron y con base a todo lo que habían hecho siguieron investigando, hasta encontrar algo que no hiriera a su hogar.

Por fin habían llegado a la casa de Grill, él no tenía padres, vivía sólo con su hermano Cybur, este cumpliría con la regla genética de ser igual a su hermano, a no ser por su color de piel, la cual era azul. Como vivían solos, para mantenerse Cybur trabajaba con el padre de su mejor amigo, Hir, el cual era un gran científico y millonario, Grill, el mayor, trabajaba como constructor, que gracias a su gran fuerza podía cargar cosas de gran peso; su edad era irrelevante, si algún dros no tenía padres que lo mantuvieran, este se vería obligado a cuidarse por su propia cuenta. Una de las reglas un poco desagradables del planeta Dros, pero no dejaba de ser un lugar bello para vivir, un buen clima, buena gente y hermoso lugar.

Capítulo III

Cuando Cybur vio a Rakzo, bastante impresionado no le soltó la mirada de encima; estaba muy intrigado, entonces se acercó a Grill y susurro algo en sus oídos; –¿De dónde sacaste esta cosa? –el chico frunció ceño, se acercó con paso corto y veloz a los dos jóvenes –¿A qué te refieres con “cosa”?!, yo tengo nombre –respondió Rakzo un poco intrigado.

–Cierto, no hemos escuchado tu nombre –le dijo Grill–, ¿cómo te llamas?

–Soy... –he hizo una breve pausa, como pensando, algo que nunca había hecho después de que le preguntasen su nombre, siempre sabía bien que decir, pero esta vez, sintió un impulso por decir otra cosa, extrañado el mismo por su reacción, y notando que los otros ya se habían percatado de su dudar, hizo un pequeño y leve movimiento con la cabeza –Rakzo –se decidió, y notando algo de relevancia, recalco sus orígenes, o al menos, de dónde acabo de llegar –y vengo del planeta Tierra.

Al decir eso, Cybur se altera lo suficiente, entonces se dio cuenta que Rakzo era un humano; Cybur había leído antes sobre ellos, lo había leído en algo así como la Biblia del planeta Dros.

–El Creador de todo, había forjado a un ser hecho a su imagen y le iba a llamar humano, –de este creador tal vez se refirió al dios venerado en la tierra y seguro en los demás lugares, o al menos eso pensó Rakzo, hizo unos gestos de duda y desprecio apenas se mencionó esa parte, luego, decidió que aunque le pareciese poco importante y estúpido, era interesante, pues no era casualidad que los humanos fueran mencionados en otro mundo y se hablase, o al menos, se tuviese cierta relación con su religión– «tal vez sí exista, o simplemente, sea casualidad» –pensó Rakzo. Puede que él sea demasiado joven para poseer esos ideales, pero le apunto algo a sus tiempos de ensimismamiento, ya que a veces le gusta quedarse a pensar en muchas cosas, esto lo hace, al menos algo más sabio que muchos, no le gusta leer, pero sí pensar en las pocas cosas de las que se ha enterado; esto le ha regalado un don que de algún modo yo también he aprovechado. Cybur siguió su explicación, y esta vez, Rakzo le entregó más atención– pero ése no iba a vivir en cualquier planeta, él iba a residir en el mejor lugar de todo el universo, hecho por él para su comodidad, que en este caso, sería la Tierra.

–Ahora que me viene a la mente, ¿Cómo llegaste aquí? –le pregunta Grill a Rakzo.

–Un extraño guante de color verde abrió un agujero y luego el mismo guante me arrastro hacia él, gracias a eso llegue aquí.

–¿En serio? ¡Los humanos ya fueron capaces de crear agujeros con la capacidad de transportarse a otros planetas! –Le interrumpió Cybur impresionado–; su tecnología debe de estar muy avanzada.

–No lo creo –dijo Rakzo–, ustedes están mucho más avanzados que nosotros, además, nunca había oído de ese guante, parecía más bien mágico.

–Entiendo, entonces deberías dejarme ver ese guante.

–No puedo –dijo Rakzo–, desapareció apenas llegue a este lugar.

–¡Idiota!, ¿entonces lo botaste?

–¡Idiota! Acaso yo tengo la culpa de que esa cosa hubiese desaparecido.

–No creo que sea el momento de pelear –intervino Grill haciéndose en medio de los dos–; Rakzo, ya está anocheciendo, qué te parece si te quedas por esta noche en mi hogar, hasta que mañana podamos esclarecer más las cosas.

Como era de esperarse, Grill y su hermano eran algo pobres, tenían muy pocos recursos y a pesar que los dos trabajaran, sólo les alcanzaba para pagar sus estudios, su comida y su hospedaje en esa casa, pues las ganancias de los dos eran pocas; ellos no tenían nada que ofrecerle a su invitado, entonces Hir, notando el esfuerzo de Grill para complacer a Rakzo invitó a éste a su casa; él tenía mucho más que brindarle y de esa forma no le iba a complicar la noche a estos dos hermanos de igual manera, su padre no se iba a encontrar esa noche.

Debido a esto, Rakzo pasó la noche en casa de Hir; su casa era diferente, ¡era una mansión!; Rakzo estaba bastante sorprendido al entrar en ese bello lugar, había lujos por doquier, a donde mirara había alguna rara obra de arte, algunas piezas en oro y gran cantidad de cosas, que como se lo imaginarían, habría en la casa de no cualquier tacaño millonario, sino de un rey, aunque a pesar de eso no lo era, el padre de Hir le iba bastante bien siendo uno de los mejores científicos del mundo, lo cual era a nivel jerárquico, uno de los rangos más altos en este planeta. Sin embargo, sin importar estos lujos era impresionante como Hir conservaba su humildad, eso se lo debía a su padre, aquel que por ciertos sucesos en su pasado, es uno de los droses más amables conocidos, nunca lo vi directamente, pero por cómo trato a Rakzo, seguro no me equivoco al decir lo anterior.

Pasada la noche y llegado el amanecer, algo frío pues así era el clima en ese lugar, como levantarse en una de esas bellas cabañas, en las que acompañado de la suave luz del alba, un frío aterrador, pero a la vez cómodo, te levantaba de entre unas cobijas de lana. Bajando por las escaleras, Rakzo se encuentra con Hir, lleno de curiosidad decide hacerle una de las varias preguntas que pasaron por su cabeza la noche pasada, pero que hasta el momento sólo esa recordaba:

–Hir, ¿Por qué Grill y Cybur viven sin sus padres?

–No sé muy bien, su madre murió luego del segundo parto, pero su padre, simplemente desapareció. Lo siento Rakzo, tengo que irme de inmediato, dentro de poco comienzan mis estudios y no puedo llegar tarde.

Hir salió apresurado de la casa, y Rakzo, con cierta impresión se quedó solo en casa, esperando aburrido, a veces veía algunas cosas y meticulosamente las cogía para verlas, llego a hacer uno que otro daño, a lo cual opto por deshacerse inmediatamente de lo que había estropeado y al fin decidió quedarse quieto en un cómodo asiento, sobre el que pasado unos minutos, el sueño comienza a poseerlo y entra en ese bello estupor que agradable pero a la vez molesto se apodera de él, sin embargo antes de que pueda caer completamente dormido, escucha un leve ruido en la planta de arriba, sube a ver qué pasa y sobre un pequeño tocador de madera con ornamentas y pintura negra, que ya había visto anteriormente en sus constantes viajes para explorar la mansión, frutos del aburrimiento, se encontraba el dichoso guante verde que lo había traído a este viaje, la puerta principal se abre, es Hir y Cybur quienes acabaron de llegar, Rakzo volviéndose a la mesita para mostrarle a los demás el guante, ya no lo encuentra; ambos chicos suben y se encuentran con Rakzo en el pasillo procedente a las escaleras, él les explica lo sucedido y entre los tres comienzan a hacer una pequeña búsqueda sin resultado.

Un vecino toca a la puerta bastante afanado, al abrirla les informa que algo raro está pasando en la construcción. Asustados corren con el mismo presentimiento, como si todo lo

que viesen en el camino fuese algún mal augurio, un miedo, el mismo que se siente cuando se está preocupado porque una persona no llega a casa, la inquietud llega con un conjunto de imágenes trágicas que aceleran el corazón y en la puerta, el golpeteo alegre, pero decepciona más, y estremece la imagen de algún policía anunciando una mala noticia. Por suerte nada malo había pasado aun, al llegar sólo se encontraron con un sujeto de cierto aspecto humano, pero de ojos puramente rojos y una piel áspera como la piedra, él no hacía mucho, sólo permanecía parado en medio de todo, entonces, tras algunos segundos, se acercó a alguno de los constructores y con sus manos sujeto su cuello, el cual comenzó a apretar fuertemente. Grill intenta impedirlo, ¡y lo logra!, ese hombre enojado lo golpea, por lo cual, Cybur reacciona rápido e intenta ayudarlo, pero nos es lo suficientemente hábil y termina tendido en el suelo.

Grill se acerca tras él cuidadosamente y sujetando una viga lo golpea en la espalda, antes de que el otro reaccione vuelve a hacer la misma acción y la repite algunas dos veces, enojado ya, aquel intruso intenta hacer algo, pero frente a él aparece de la nada otra persona con los mismos ojos rojos, pero con un aspecto diferente, no tenía tanta apariencia de monstruo, era más humano, con una muy buena apariencia, atractivo y vestido elegantemente, saco, corbata, zapatos finos, e incluso, cabello corto y buen peinado, podría decirse que igualito a otro simple ejecutivo de los que uno suele encontrarse en la calle y a quienes, como siempre, su apariencia es totalmente engañosa, éste, vestido entonces de unos sucios ideales se acerca hacia uno de sus empleados, agotado y asustado, y lo despide de su empleo, ahogando su existencia, convirtiéndola cenizas.

–¡Que estúpido! Además de desobedecerme, eres vencido por un simple niño –dijo.

–¿Quién eres? –preguntó Grill– ¿Qué haces aquí?

–Sólo vine a encargarme de este imbécil que emocionado, hizo algo que aún no debía hacer, entonces aprovechare para presentarme, soy Grisel, es un placer para mí en conocerlos.

–¿Qué es usted? –pregunto Rakzo.

–¡Que raro! ¡Un humano en este mundo! Responderé tu pregunta, soy un habitante de la oscuridad, o como ustedes los humanos nos llaman ingenua y curiosamente, un demonio.

Rakzo se asustó mucho al escuchar aquella respuesta, Grisel riendo se fue sin decir nada más, dejando a todos los presentes impactados. Cybur, volteando a mirar a Rakzo, nota como éste tiene de nuevo su guante en la mano.

–Entonces, ese es el dichoso guante –le dice Cybur con cierta antipatía.

–Sí –afirma Rakzo–, lo cual es bastante raro, no me di cuenta a qué horas apareció.

–Entonces lárgate de aquí de la misma forma en la que llegaste.

–¡Cómo dices eso! –intervino Grill.

–No ves lo tanto que él se parece a ese “demonio”, no me inspira confianza.

–No digas eso Cybur, Rakzo es un humano y lo sabes, él no nos haría daño, ¿no es así Rakzo?

–Tranquilo Grill –le responde–, si él quiere creer que soy un demonio, que crea lo que se le dé la gana; aunque sí tiene razón en algo, tengo que volver a mi casa, mis padres han de estar preocupados por mí.

–Listo Rakzo, y no te preocupes por Cybur, si quieres volver a visitarnos, eres bienvenido.

–Claro Grill, me agradaría volver a visitarlos –Rakzo se despide y luego, abriendo un agujero en el aire vuelve a su tierra.

Antes de llegar de nuevo a casa, y tener que enfrentarse al molesto (o al menos para él) recibimiento de sus padres, creyó importante pasar primero por la casa de sus vecinos fallecidos, sin duda, se sentía petulante, había disfrutado de una experiencia que no muchos habían tenido, caminaba erguido, con la barbilla en alto, pero de vez en cuando miraba hacia el suelo cabizbajo, se detenía y pensaba en los acontecimientos e incluso el aquel demonio, entonces pronuncio entre murmullos, –mi nombre–, frunció el ceño y suspiro ampliamente, entonces dijo en un tono más alto, –estúpidos padres– y siguió caminando.

Al llegar a su destino, se encontró primero con unas cintas policiacas, y al final, un terreno completamente desierto, no se encontraba nadie cerca, entonces se adentró a ese lugar, su piel se erizo, sus dedos tenían ciertos ademanes de preocupación, hasta que sujeto por las manos de una mujer que agarro fuertemente el cuello de su camisa fue jalado, volteo a mirar y encontró a su madre, preocupada pero a la vez enfurecida; él esperaba un abrazo o un regaño, así como ya lo había visto en algunas películas, pero su madre solo sonrió y se dio vuelta encaminándose a su casa, pronuncio unas palabras que Rakzo prefirió ignorar y se quedó mirándola por un tiempo, un acertijo se encontraba en su mente y no podía quitar la vista de éste, afligía su corazón, pero engrandecía su ego; ella le llamo por última vez y finalmente él se resolvió, miro hacia atrás y pensó en la razón del porqué se habían muerto todos en esa casa, quién los había matado. –Hijo, *Dai*, no le prestes atención, esa casa desapareció ayer, igual, a nadie le importa lo que le hubiese pasado a ellos, ojalá nunca vuelvan, ven, tu castigo se multiplico y bueno, al menos estás bien, pero seguimos enojados– Rakzo la miro fijamente, intentando aún descifrar el acertijo, pero por último, prefirió cerrar sus ojos –Ya le he dicho, prefiero que no me llame así– Dijo él, que molesto, se cruzó de brazos y se le adelanto a su madre.

Capítulo IV

Sonó el despertador, «ya es la hora», pensó Rakzo mientras ponía sus calientes pies en las frías baldosas de su habitación; una mirada perdida en su pared de color azul oscuro y su mente en blanco lo envían de nuevo a la cama, recostado, con lo pies ahora apoyados sobre sus sandalias sin siquiera usarlas, vuelve a cerrar los ojos, «la casa», recuerda y se levanta de golpe, evoca entonces a los recuerdos de *la casa*, un escalofríos le recorre del codo a los hombros y se coloca las chanclas para bajar.

En el desayuno, mientras la leche de sus *kellogs* se deslizaba por su tenedor, Rakzo aún seguía absorto en sus recuerdos –¿Por qué usas tenedor? –le interrumpe su madre, y él sin prestarle mucha atención cambia y sigue su desayuno; «ahora vuelvo allá, tal vez encuentre algo», se contentó con esas palabras en su mente y siguió su rutina.

Puesto el morral, apretado los cordones y encontrada las llaves, sale de su casa despidiéndose de sus padres, una despedida fría llega a sus oídos al abandonar la casa «Adiós»; dicen luego de encontrarse ya en el umbral; estando ya afuera mira hacia ambos lados, por uno, hacia arriba, se puede dirigir a su colegio, por el otro, bajando por su cuadra, llegar a la dichosa casa que desborda sus pensamientos. Con paso veloz se acerca y ya desde unos metros siente el fuerte brío que emana ese lugar «es raro, no me había sentido así ayer cuando pasé por acá», reflexionaba mientras miraba de lado a lado el vacío y frío lote, aún se encontraban las cintas policiales, al agarrarlas, se encuentra con el guante en su mano; hace unos gestos y antes de atravesar las cintas algo lo detiene.

–Deberías hacerle caso a las cintas –dijo una voz tranquila y frígida, con un aire de prepotencia.

Rakzo no respondió, pero tampoco miro al hombre que le hablaba, por alguna razón, no sentía la misma curiosidad que siente, algo raro, ni siquiera tenía ganas de voltear a mirarlo, pero era una desgana igual a la que tienes cuando no deseas rotundamente mirar alguna cosa, sin embargo lo que sentía él no era repulsión, ni miedo, sólo, no quería mirar.

–¿Qué tal tu viaje?, no muchos tienen la suerte de ir a otro mundo y conocer una nueva especie.

–¿Cómo sabe eso? –dice paralizado.

–¿Y te agradaron? –dice sin prestar atención a la reacción de Rakzo– me imagino que la habrás pasado bien.

–Sí, son bastante amables, es más, inclusive llegaron a caerme mejor que cualquier otra persona en ese corto tiempo, son agradables.

–Son animales, ¿qué más esperabas?

–¿Animales, cómo dice eso? Es más, son bastante inteligentes.

–Que sean capaces de contar es una cosa independiente, hay animales inteligentes, pero no razonables, los droses no poseen la capacidad necesaria para pensar, actúan según su instinto, si han sobrevivido a cosas como la contaminación y otras, es porque siguen el instinto de huir de lo que les puede afectar; o atacar si se ven acometidos; no son sino un poco más inteligentes que cualquier mono, sus emociones desaparecen en un segundo y

olvidan aquellas cosas que en realidad importan ante el primer parpadeo, lo único que los diferencia es su capacidad de habla, dicen que un “dios” le regalo esa capacidad, seguro que ese dios no más que un humano con absurdos poderes intentando hacer cosas irrelevantes, pero en verdad sólo actúan de acuerdo a cómo la situación se los pide; ladran si los amenazan, gimen si se sienten muy heridos y si les regalas un caramelo, saltan.

–Es una rara forma de verlos, pero, ¿si hablan, aunque sea por cualquier motivo, no piensan?; o como pueden mencionar cosas si no las piensan... –y continua en su mente; «tal vez su razonamiento es bastante corto, pero, por qué le creo a este sujeto, tiene, no sé...»

–Rakzo, ten cuidado, si llegas a cometer un error te van a morder, son un peligro, tendrás que andarte con pies de plomo.

–¿A qué viene esto? ¿Qué le importa?

–Me importas, por eso te doy un consejo, sé lo que piensas, pero no te conviene estar en contra de Grisel, ayúdalo, y no sabes el poder que conseguirás.

–¿Quién? –pregunta sin recordar muy bien de quién se trata.

–El “demonio” que los visitó hace poco, vamos Rakzo, tú deberías estar de nuestro lado, tu propio nombre es señal de eso, y encima... tienes el guante; eres perfecto.

–Mi nombre –susurra Rakzo y siente como su mano, no, su guante le pide que toque el ya árido y álgido suelo frente a sus pies.

Al tocarlo, oye de lejos la voz de su acompañante, «¡No lo hagas idiota!»; entonces, se encuentra de nuevo él dentro de la casa, pero esta vez es diferente, ve a la mujer sentada mirando por la ventana y alegrarse por una imagen en la calle, entonces, entra él, su esposo, con una felicidad impulsiva y frenética, ella alegre por verle una sonrisa le dice que lo ama, al oírla, él se acerca a ella, «ya faltan pocos, ¿sabes cuántos?, tres...» saca una navaja y la mujer, espantada intenta subir las escaleras, él reacciona y le corta la garganta, su cuello da a vida a una corriente sangre, mientras que sus ojos pierden la mirada y cae al piso, su sangre baña escalón por escalón, mientras él baja moviendo su cabeza de un lado a otro «dos, dos, dos...» dice acercándose a sus padres, que sentados le miran, se acerca y mata primero a su padre de la misma manera, ella grita y se acerca para abrazarla, mientras que dándole un beso en la frente dice «voy a ser tan feliz» y dibuja una sonrisa bajo su quijada; ya muerto los tres se para en el centro de la sala «¡mil, mil seres he matado!; ahora, aparécete, ¡y cumple mi deseo!». Sobre un circulo con algunos dibujos en el centro aparece un hombre, y acariciando la mejilla del asesino que llora de la alegría esboza una felicitación, se aparta y aplaudiéndole sonríe, el otro, con cada aplauso pierde su postura, su sonrisa desaparece, se joroba hasta que termina con las palmas apoyadas en el suelo y entre ellas una gota de sudor sella el pacto.

El hombre, desesperadamente empieza a gritar, como si un caliente y liviano ser se lo comiera desde su interior.

–¡¿Qué me has hecho?! –le pregunta el asesino agonizante.

–Te pedí que asesinaras a mil seres y que guardases sus cadáveres en este lugar, a cambio de darte el poder de mil almas, eso tienes, los mil tributos yacen ahora en ti, alegres de volver a tener un cuerpo vivo que los hospede. Debiste ser más amable al matarlos para que no te odiasen todos.

–¡Me engañaste demonio, confié en ti!

–Igual que tu esposa y tus padres, apuesto a que están a gusto rasgándote desde adentro.

El muy desgraciado se levanta del suelo mientras su garganta sangra ya de su histeria, con tan poco equilibrio choca con una puerta en la pared, entonces, intentando abrir la manija descubre que se encuentra manchada en sangre y mirando a su alrededor descubre

que la casa se encuentra calada en el mismo líquido, espantado abre la puerta y baja rápidamente por unas escaleras.

–¡Guante! ¡Sácame de este lugar! –Grita al encontrarse frente a un lago de sangre.

Rebuscando entre el fondo, toqueteando algunos cadáveres, que a medida que acaricia sus huesos, ve desde los ojos de su víctima como es asesinado y por alguna razón, siente el mismo dolor, hastiado ya de sentir como cien veces es asesinado ya por él mismo, y creyendo que los ojos son el fruto de su sufrimiento, se los arranca creando una sonrisa mojada en sangre.

–Que tonto, la que sufre esas alucinaciones es tu mente, tus ojos te habrían bastado para volver a la realidad de vez en cuando, pero ahora vivirás solo con el producto de sus venganzas.

–Entonces ya sé la solución –dice, temblando y sacando de nuevo su amada navaja.

–Un cuerpo más para alimentar al pobre de Nyx –susurra–; además, tengo el guante, será de mucha utilidad para nutrir su maltrecho cuerpo.

Lo que vino después fueron imágenes de cómo el guante empezaba a llamar a alguien gracias a sus señales de humo, seguido de una imagen, que mostraba como la sangre subía a la última habitación, empapando toda su madera, como la carne, que aún se encontraba levemente en los cuerpos y otra en la base del suelo, gracias al desprendimiento ocasionado por el húmedo baño, parecía unirse con la casa, pero sin mostrar cambio en su aspecto, finalmente, enseña a Rakzo caer y encontrarse con tal objeto, la casa empieza a reaccionar a su llegada y a el hecho de que este chico se coloque el guante, quiere llevarse a él también, quiere unirse con el nuevo visitante, finalmente el guante lo saca de ahí, dejando que la casa continúe con su fusión de madera, muebles, sangre, huesos y carne, menos el guante y su nuevo portador. No fue una casualidad, fue una misión de rescate, Rakzo había corrido la suerte de aceptarla y el guante, como agradecimiento salvo también su cuerpo.

–Maldita cría, vas a lamentarlo, ahora o me das el guante, o te arranco el brazo para quedármelo –no es bastante malo venido de Él, pero es lo suficiente para asustar a Rakzo, tal vez, eso no era lo que aquel hombre quería y por eso su amenaza fue más tierna.

Rakzo por fin mira la cara de este hombre, pero se trata de el reflejo de su padre, entiende entonces que está utilizando la imagen de alguien más, pero observando su mano derecha, descubre como esta es abrazada por un vaho negro y espeso, instintivamente se levanta y comienza a correr, mientras su cuerpo le indica que la propia muerte lo persigue, finalmente, se detiene, voltea y se encuentra con el vacío, la calle sola, a las seis y pico de la mañana, sin nadie cerca; entonces, levanta su ceja derecha y respira hondo, mira su mano disfrazada con el verde guante, da un segundo respiro, se lo quita y lo guarda en su maleta para seguir con su camino al colegio.

«Poder», «poder es lo que necesito, al menos, para defenderme»

Capítulo V

El tiempo pasa y cada día en sus momentos de ocio, luego que sus padres salieran a sus respectivas actividades, matutinamente agotadoras; Rakzo visitaba con cierto agrado a los droses, jugaba con ellos, a veces sólo les acompañaba, o éstos cuando él quería conocer más del planeta y se encaminaban en una pequeña e inocente aventura por la ciudad, que le llenaba de asombro, misterio y curiosidad cada vez que paseaba por sus mágicas calles; a veces, si tenía suerte, se encontraba con Wiss, el padre de Hir, no muy diferente a su hijo por tener su misma sangre, era su viva imagen de tal vez un futuro; sus lentes rectangulares y su imperceptibles arrugas al sonreír lo diferenciaban de su hijo, pero en este hombre, su aire de sabiduría, al igual que esa paz que en su voz se encontraba, no sólo era imposible de ignorar, sino que convertía en agrado el escuchar cada palabra de sus historias y sus saberes. Lamentablemente, al llegar la noche, como un niño en el parque, que de lejos escucha a su madre gritar su nombre, Rakzo tenía la obligación de volver a su hogar.

Respecto a lo precedente en Dros, o al menos, en esa ciudad, todos estaban igualmente impactados con los hechos de hace algunas semanas, pero al conocer los actos de Grill ante ese suceso, les abrieron todas las puertas posibles; ahora Grill y Cybur trabajan para aquel país y el rey les brindaba la ayuda de cualquier cosa que necesitasen, como alimento, estudio y hasta un lugar en el cual vivir, también, el hecho de que un humano los visitase, era magnifico, aunque sus recuerdos sobre ellos no eran los mejores, estaban seguros que éste era bueno, y no hay manera de contradecirlos, pues aun siendo él, en ese instante no era más que un niño, entonces lo adoraban, era bastante apreciado por la comunidad y Rakzo, como un ser descarado y diabólico lo disfrutaba de una forma narcisista.

Un día, a la casa de Grill, llega una mujer bastante parecida a Cybur, ella, al verlos, sonríe y en su saludo se siente tal cariño, que extraña a los presentes; pues no era éste el saludo de cualquier mujer loca que toca a la puerta, ésta afirmó, luego de su complaciente «hola», ser la madre de Grill y de Cybur. Se llamaba Lizzy y venía con otra chica de color blanco llamada Hera, una joven de unos 18 años, acompañada de su brillante cabello, dulce sonrisa, y una expresión de carácter que atemorizaría al mismo diablo, pero a la vez, lo encantaría. En cambio, Lizzy, con su expresión aunque joven, un poco maltratada con los años, robusta, su vestimenta fuera de lo actual, pero una elegante postura, digna de la más educada dama. Les permitieron pasar a las dos mujeres, pasmados sólo las miraban con un centenar de preguntas en su cabeza, ellas se acomodaron en un sillón viejo, de un color rojizo opaco ubicado en la sala, del cual se levantó Rakzo para dejarlas sentar. Sin dejar que descansasen de su muy agotador viaje, impertinente, como siempre, Cybur le exige una explicación, a la cual, Lizzy accede sin ninguna objeción, entonces, les relató lo siguiente:

El día en el que nació Cybur, ella se encontraba en perfectas condiciones, nunca padeció alguna enfermedad que le impidiera seguir con vida, lo único que sufrió fue el rechazo de una sociedad iracunda; esa fue la noticia que le brindo un doctor, acompañada de la lamentable muerte de su prometido, le advirtió que tendría que irse, o perder su vida, pues la comunidad no le rebajaría el hecho de relacionarse con tal asesino y luego, haber

engendrado dos hijos de éste. Él la ayudo a escapar, y luego aviso al pueblo, la extraña muerte de aquella mujer.

–No te creo –dijo Cybur.

–¡Que desagradecidos son ustedes dos! –Les dice Hera enojada– se les aparece su madre, luego de que nunca la habían visto en sus vidas y lo único que le dan es desconfianza.

–¡Claro que vamos a reaccionar con desconfianza! –dijo Grill–, si llega una mujer a nuestra casa diciendo ser nuestra “madre” y nosotros teniendo el conocimiento de su muerte por tantos años, ¿de qué otra forma planeas que reaccionemos?

–¿Por qué no van a ese hospital? –interrumpió Rakzo– Tal vez allá esté el doctor que le ayudo a escapar y nos pueda confirmar su historia.

Fue una buena idea a los oídos de los demás, entonces, como si fuese algo de urgencia, sin esperar se dirigieron directo al hospital en el que, según ella trabajaba dicho doctor; el problema fue que cuando le preguntaron a la recepcionista que trabaja ahí por aquel dros, ella les respondió con extrañeza que el doctor Lie se había vuelto loco luego de la muerte de un paciente y por ello lo enviaron a un manicomio. Ella, les dio el nombre del lugar en el que estaba aprisionado, inmediatamente, todos se dirigieron allá en búsqueda del antiguo doctor. Al llegar, les negaron la visita al paciente, puesto que el horario de visitas había ya terminado.

Lizzy pasó la noche en la casa de Grill; al siguiente día cuando Rakzo llegó al planeta Dros, Hera lo miro de nuevo, pues el día anterior no le había quitado los ojos de encima y le pregunto:

–¿Qué eres tú?

–Soy un humano –respondió Rakzo.

–Un humano, ¿o sea en verdad existen?

–Al parecer sí –dijo Cybur y dirigiéndose a Lizzy–, pero cambiando de tema, dinos, si tú en verdad escapaste del hospital, en dónde estuviste estos doce años.

–Luego de que escape del hospital, me fui a un país llamado Licus, en el cual conocí a Hera. Allí me hospede en una casa en la que viví durante todo este tiempo; hasta hace poco, que escuche un rumor de los sucesos en este lugar, y al oír sus nombres en ese relato; tuve el deseo venir, preocupada, y a la vez ansiosa por conocerlos.

–Ahora hablemos de nuestro padre –le dijo Grill.

Lizzy acepta y empieza a contarles sobre su padre; les regalo una serie de descripciones que demostraban aun su amor por él, no nombro ni un defecto, a acepción del cual, se hallaba la razón de su muerte; él buscaba un mundo mejor, y mataba a aquellos que lo hacían peor, pero no a cualquier ladrón, o simple bicho de la sociedad, sino aquellos, que aun con su gran poder, lo usaban con una forma despreciable, sólo buscando un bien propio, y así, perjudicando a los demás; pero el temor de éstos, los obligo a crearle una horrible fama, nombrándolo incluso, el Asesino Frio, aquel que asesinaba a cualquiera sin tener ninguna piedad, y que lo que buscaba, y por qué sus víctimas eran de alto nivel en la sociedad, se debía a que éste cruel personaje, aborrecía el avance de una “pura” sociedad.

Luego les conto, una pequeña, pero interesante historia, en el pueblo Delafir, había un tirano, el jefe de pueblo, aquél torturaba y luego colgaba a los que no obedeciera las leyes, siendo aquellas injustas, y además no permitía que los pobladores tuvieran derechos. Eso le llamo la atención al padre de Grill, entonces, tenía que matarlo. Ahí fue en donde el conoció al gran científico Wiss, pero al notar que tenía intenciones buenas, nunca le hizo nada, es más, desde ese día los dos se volvieron muy buenos amigos, y gracias a que el gobernador había fallecido; pudieron salir de ese pueblo e irse a vivir a otro lado. «Ahí fue

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

